

las distribuciones del día. Me encaminé á la santa capilla, y me entregué á la meditacion de una de las verdades mas fundamentales del cristianismo, cual fué conocer el fin para que fué criado el hombre. ¿Con que yo me preguntaba á mí mismo), con que yo no he venido á este mundo con otro destino que amar á Dios? ¿con que la esencial ocupacion de por vida de ser el servirlo para gozarlo despues de toda la eternidad? ¿Con que es tanta mi felicidad y nobleza, que desdenando tantos objetos tiene el cielo y la tierra, debo incesantemente volar á Dios porque Dios solo es el centro y el fin de este corazon? Libre mi interior del estrépito del siglo, desahogado de todo lo temporal, y favorecido de aquel santo silencio, hacen estas preguntas tan viva impresion en mi espíritu, que como despertando de un sueño no veo otra cosa en el universo que Dios, plantas, brutos, animales, ángeles, nada me llena desde entónces; y viéndome únicamente las criaturas un medio para conseguir mas firme mente mi fin paso adelante sin detenerme en ellas, las postergo y me remuevo como el águila en busca de este verdadero sol. Corazon mio, exclamaba yo, ¿cómo es posible que siendo

do para tan noble empleo, hayas podido olvidarte de él, y te hayas arrastrado en el polvo! Eleva tus miras, considera tu dignidad, en la que eres igual al serafin mas sublime, y confúndete de la insensatez con que tanto tiempo has buscado bellotas amargas en el cielo asqueroso, olvidando ese cielo que es tu herencia, y ese Dios, que es tu amoroso Padre. La contemplacion continua de tan importantes verdades, la atenta lectura de ellas, y la voz animada y viva del sacerdote que nos dirigia, me convencieron de esta obligacion tan sagrada. ¡O cuantos auxilios comunicó la gracia á mi entendimiento, y qué movimientos tan eficaces á mi voluntad! Amaneció para mí una agradable luz, pocas veces experimentada, fué tanto lo que recibió mi interior, que á pesar de mi ingratitud y dureza, no me olvidaré LO QUE DIOS HIZO CONMIGO.

Meditacion sobre lo dicho, y el Ave Maria.

DIA SEGUNDO.

PECADO MORTAL.

Este fué el segundo dia de mis ejercicios, y para mí eternamente memorando, pues en la historia de mi vida está

escrito con lágrimas de mis ojos. En mi oración, es posible que sea tal la
 netrado de admiración y agradecimiento, es posible que sea tal la
 to con las meditaciones anteriores, es posible que sea tal la
 el noble destino con que nací, de ser un Criador infinitamente bondadoso á
 parme en el servicio de Dios sobre las obras de sus manos? sí, lo es cierta-
 tierra, para ser eternamente participante, y los castigos con que el Señor
 te de su misma bienaventuranza en el cielo, aunque sean tan formida-
 cielo, me consideraba y debía considerarme, son siempre inferiores á su mali-
 rarme feliz, como el que mas, por su parte. Yo me representaba por un lado
 solo altísimo fin para que fui criatura de ángeles precipitados sin
 mas al reflexionar que por un solo misericordia al abismo: por otro, mira-
 cado mortal mi alma debía de caer fuera del paraíso á nuestros padres
 tanta dignidad, y precipitarse en un vergonzosamente desterrados y conde-
 rible abismo de males, como aquejados al dolor, á la pena, al trabajo y á
 criatura infeliz que por un crimen de muerte, y por todas partes palpaba
 pensamiento, de ángel de luz que cúmulo de males que rodea á su pos-
 convertido en un demonio, no misericordia, sin que en este destierro y va-
 ménos que estremecerme con la de miserias se oiga otra música que
 ginación de semejante desdicha. El ruido de nuestros grillos y cadenas
 culpa, sí, una culpa basta para desear todos arrastramos hasta ecshalar el
 rarme para siempre del cielo, y de todo aliento. Estas ideas tan funes-
 jeto querido de Dios, hacerme lo que yo pero tan verdaderas, me domina-
 aborrecible á sus ojos. Un abuso todo aquel día, me hicieron cono-
 las criaturas, una desordenada inclinación la malicia de la culpa y trayéndome
 cion de mi voluntad, un movimiento memoria amarga de los excesos de
 un paso, una mirada. Santo Dios, pasados años, no acababa de com-
 fácil es perderte, y cuan digno de perder, como habia podido dar cabida
 este peligro! El temor de tan perder, como habia podido dar cabida
 dable desgracia me consternó de la gracia el enorme tamaño del
 nera, que el copioso llanto era el llanto, y confundido de su gravedad
 jor desahogo de mi oprimido espíritu otra cosa que poner mis tristes
 ¿Es posible, decia yo en el silencio un Dios, que es todo caridad

mi oración, es posible que sea tal la
 gravedad de un pecado, que obligue á
 un Criador infinitamente bondadoso á
 descargar un golpe mortal sobre las
 obras de sus manos? sí, lo es cierta-
 mente, y los castigos con que el Señor
 condena, aunque sean tan formida-
 bles, son siempre inferiores á su mali-
 cia. Yo me representaba por un lado
 millones de ángeles precipitados sin
 misericordia al abismo: por otro, mira-
 cado mortal mi alma debía de caer
 del paraíso á nuestros padres
 desterrados y conde-
 nados al dolor, á la pena, al trabajo y á
 muerte, y por todas partes palpaba
 de males que rodea á su pos-
 tierro y va-
 se oiga otra música que
 grillos y cadenas
 hasta ecshalar el
 aliento. Estas ideas tan funes-
 pero tan verdaderas, me domina-
 trayéndome
 memoria amarga de los excesos de
 no acababa de com-
 como habia podido dar cabida
 perder, como habia podido dar cabida
 el enorme tamaño del
 llanto era el llanto, y confundido de su gravedad
 poner mis tristes
 Dios, que es todo caridad

y clemencia, y repetirle mil veces David: ten lástima, Señor, de mí, según tu grande misericordia. Así pasaron las horas de aquella mañana, tarde y noche tristísima, en que no se alejó de mi pensamiento el horror y la gravedad de la culpa. ¡O dichosa triste que me imprimió tan provechosas lágrimas! ¡O santas lágrimas, origen de mi arrepentimiento! ¡O santo día, que me acuerdas lo que Dios hizo conmigo!

Meditacion sobre la gravedad del pecado, y el Ave María.

DIA TERCERO.

ESTRAGOS DEL PECADO.

Pestes, hambres, guerras, muerte, infierno; y esta sucesion de ideas, á cual mas espantosas, y que yo habia leído, meditado y oído el día anterior, causó tal inquietud en mi interior, y tan fuerte conmocion en mi espíritu, que á pesar del trabajo, y cansancio de mis miembros, clamaban el descanso, apenas tú me permitieras cerrar los ojos por brevisimos instantes. Llorando yo lloré la luz primera de la mañana, y la inquietud creció á proporcion de las meditaciones reflexionaba

los estragos que en el alma hace la culpa. ¡Ah monstruo, cuan amargos me parecieron entónces tus placeres! Mi amable Redentor, aunque ofendido, sentia mas que yo mi pérdida, y para remediarla presentó á mi vista el retrato del infeliz que pierde á Dios. ¡Como podré expresar mi espanto al considerar este objeto? Lo veo cubierto de mortales heridas, desde la coronilla de la cabeza hasta los piés: profundas, gangrenadas y asquerosas sus llagas: desamparado de la gracia y de la caridad: desheredado como un ingrato de los bienes del cielo; tachadas sin valor ni mérito sus penitencias y buenas obras: vendados sus ojos: sin fuerzas para la virtud: caminando á pasos gigantes á su mismo irremediable: triste su ángel de guarda: y por último, en una situacion lamentable, que el mismo Dios se para para no ver lo que pasa en su cara para no ver lo que pasa en su espíritu, y como que se horroriza y cubre de su cólera é indignacion. Aquí me interrumpen mi oracion los sollozos. Yo me voy al cuarto, me pongo de rodillas tomo el libro varias veces, y otras veces me lo bañan las lágrimas que hacen mi afliccion; conociendo que yo nunca seria ese desdichado. ¡Con que frecuencia me acordaba de ti, mi Dios, y me esclamaba, no queda remedio?

¿conque mi alma ya murió, porque
 fué Dios que era su vida? ¿conque solo
 se espera mi muerte para acabar
 no pude esta cláusula, y como fuera de
 mí, me postro ante una bellissima Imá-
 gen Dolorosa, presea riquísima de
 aquella casa, á quien parece que ha pre-
 tado el original su hermosura, depus-
 tando igualmente en ella la afabilidad,
 dulzura y consuelo, que buscan allí los
 pecadores atribulados; y mas con el ca-
 razon que con las palabras, Madre, Ma-
 dre, la digo, duélete de este hijo des-
 ciado, y mira qual lo tiene la culpa. En
 mucho tiempo regué la tierra con
 lágrimas; pero viendo que renacia
 mi espíritu una verdadera confianza,
 ahora sí, exclamé lamentándome, ah
 si caminaré valeroso con tu interces-
 hasta los piés de mi Redentor. Como
 en efecto sin demora á Jesus, y des-
 tando los excesos de mi vida, no me
 otra cosa, Señor, le dije, sino que
 eres mi Salvador, tú mi Madre, mi
 dianera, y que mis maldades van á
 brirse con tu preciosa sangre. Des-
 luego calmó aquella borrasca, serena-
 la tempestad, y no esperé más. El
 cosa que un amor filial que animaba
 arrepentimiento, y un acopio de
 ranos auxilios que obraba mi penitencia,
 Penitencia saludable, que aumentaba

ta hoy me estimula y me consuela re-
 cordándome LO QUE DIOS HIZO CONMIGO.
 Meditacion &c.

DIA CUARTO.

LA MUERTE.

Como el sosiego y profundo silencio
 del santo retiro en que me hallaba, ale-
 jaron mi corazón del ruido y estrépito
 del gran mundo, pudo obrar sin estor-
 bo la gracia; y las fatales consecuencias
 de la culpa, hicieron en mí tal impre-
 sion, que dificilmente podrá borrarse.
 A todas horas veía sus estragos, y el pe-
 cado que ántes tuvo tanto atractivo;
 desde aquel dia dichoso ha sido siem-
 pre mi mayor verdugo. Pero cuanto
 debería radicarse el concepto que tenia
 de su gravedad, reflexionando que des-
 pues de tantas adversidades y amargu-
 ras, viene á completar nuestro castigo
 la muerte. La muerte, sí, la tremenda
 muerte fué la materia de este dia, y no
 encontraba lugar alguno que no me re-
 presentase el éco de aquella divina senten-
 cia: polvo eres, y en polvo te converti-
 ras. El cumplimiento inevitable de
 su ejecucion cercana y
 su riesgo que en ello corria mi salud
 y mi vida, derramaba tanta hiel sobre
 los deleites podia presentarme el

mundo, deisono y carne, que perdien-
 do para mí su incentivo, únicamente
 lloraba la insensatez y locura de haber-
 los amado en otro tiempo. Con cuanta
 verdad miraba yo en mi meditación, la
 fragilidad de la vida representada en
 las cosas que me rodeaban. La ola, que
 por distante que venga, dentro de un
 momento toca la orilla y perece: la flor,
 que á la mañana nace y á la noche se
 marchita y muere: todo me ofrecia la
 imagen de la muerte. Pero lo que ha-
 mas formidable este suceso, era el que
 dependiendo de él mi felicidad ó des-
 cha eterna, con dificultad podria sa-
 con bien en un momento tan peligroso.
 Los infinitos negocios en que estaba en-
 pleada mi vida, las criaturas que habia
 enagenado mi corazón, los dolores de
 mi última enfermedad, la multitud de
 mis pecados, el tiempo que va despa-
 reciendo, la eternidad que asoma, el ju-
 cio que sigue; . . . ¡ay pobre alma que
 cuanto pesaba sobre mí este cúmulo de
 circunstancias! ¡con qué ansia escuchaba
 al Señor para que me diese lugar para
 convertirme y facilitase la entrada en
 El Señor, como que al fin es mi padre,
 escuchó mi ruego, armó mi brazo, y
 la penitencia, hizo de mis ojos fuentes
 de lágrimas, y satisfecho con mis
 promesas, me alargó una mano para

sacarme de aquel confuso laberinto.
 ¡Con qué le he pagado estos favores!
 Me ha concedido mas dias de los que
 debia prometerme, y no he sabido em-
 plearlos en su servicio. Pero ya que
 no le he correspondido, sino que he sido
 hasta aquí infiel á mi palabra, apartaos,
 criaturas todas, pues no teneis derecho
 para reclamar con preferencia mi amor;
 dejad libre mi espíritu para que eterna-
 mente se ocupe en las alabanzas de
 aquel á quien debo tantos dones. Así
 será, pese al mundo, pues la razon, la
 justicia y agradecimiento, me piden
 que conserve indeleble en mi memo-
 ria LO QUE DIOS HIZO CONMIGO.

Meditacion sobre lo dicho, &c.

DIA QUINTO.

INFIERNO.

La presencia de una pésima muerte,
 y el temor del riguroso juicio que la
 sigue, de manera conturbaron mi fanta-
 sia, que me parecieron eternas las ho-
 ras de aquella noche. Suspiraba por
 algun consuelo; mas ¿como conseguir-
 lo, si sobre los anteriores objetos, lo
 primero que se me presenta, es la obs-
 curísima cárcel que formó el Altísimo
 el momento de su furor, para ven-
 gar los derechos de su justicia, alta-

mente ofendida por el pecado? ¿Y podrá espresar yo lo que no puede ni concebirse? ¿Y podrá caber en el entendimiento limitado de la criatura, el espantoso conjunto de tormentos que solo puede comprender la infinita sabiduría del Criador? Fuego activísimo á quien da energia el soplo de Dios santamente irritado: tan intolerable, que el Espíritu Santo pregunta ¿quien será capaz de habitar en aquellos ardores sempiternos? Hambre, y sed cruelísima, que obliga á desear que caiga una gota de agua sobre la abrasada lengua que sacan aquellos miserables, como perros rabiosos: hedor mas pestilente que el de los cadáveres mas podridos: golpes, martilladas, llantos alaridos, exclamaciones, blasfemias contra los santos contra Dios, y contra su purísima Madre: ved aquí un algo de lo que hay en aquel lóbrego calaboso, y en aquella casa con razon llamada la casa del dolor. Pero todo sería poco, sino se añadiese la incomprendible pena de perder á Dios y perderse para siempre. Tengo bien presente, que al reflexionar en aquella santa capilla lo que sentiria yo, si yo fuera un réprobo, mirando que aunque su corazón quiera volar á Dios, como que para él fué criado, Dios lo repele como su mayor enemigo; dejándolo por

la eternidad, como á un huérfano sin abrigo, como un desdichado sin consuelo, como un hijo sin padre, y como un esclavo sin su redentor; temblaban todos mis miembros, y pedia que el Señor descargase sobre mí cuantos castigos caben en su poder infinito, ántes que permitir que venga sobre mí esta desgracia. Y si tú fueras, me decia la voz interior de la gracia, si tú fueras uno de esos miserables, ¿que harías volviéndote el Señor á la vida? Sábete pues, que ese es el beneficio que logras hoy: porque debiendo estar condenado por tus culpas, el Señor te concede tiempo para tu penitencia, auxilios copiosos en esta santa soledad y retiro, sacerdotes que te convidan, ejemplos que te mueven, y una Madre de misericordia que intercede por tí. ¡Cuanto cierto es esto, amable Redentor mio, dije sofocándome los gemidos! y penetrado de asombro y de agradecimiento, me retiro, concluidas las meditaciones y pláticas, á mi cuarto; repaso á mis cosas, la verdad de aquellas reflexiones, me doy libertad á mis ojos para que lloren, y me doy libertad á mi corazón para que me acordé de aquel lugar y una gracia que no obtendrán jamás aquellos desventurados, que sacan el castigo que les corresponde mejor que yo; en el retiro que me concedido envié mis humildes y fervo-

rosos votos al cielo, formé las mas serias protestas para lo futuro, gasté lo que me restaba del dia, en escitar mas y mas á la penitencia, y repetir incessantemente: ¡ven, feliz alma mia, ven sin demora, y recuerda LO QUE DIOS HIZO CONMIGO!

Meditacion sobre lo dicho, &c.

DIA SESTO.

CONQUISTA DEL REINO DE CRISTO.

Amanecié el sexto dia de mis ejercicios, y presencié desde luego un admirable campo de batalla, en el que se avistaban numerosos ejércitos, empañados en el combate. Se oye la voz de dos generales protegiendo sus respectivas banderas, se previenen planes, se extienden proclamas, y se proponen á ambas partes cuantiosos premios al merito y al valor de los combatientes. Mucho debia yo interesarme en la consideracion de este negocio, siendo la salud ó ruina de mi alma, así como la de todos los hombres, el principal objeto de esta contienda. Soldados míos, oí que decia cólerico Satanás á sus ángeles, nuestro honor es enteramente perdido, si el hombre ocupa las sillas de donde fuimos arrojados: es badle, pues, su salvacion eterna, y

cedle cuantas riquezas, honras y deleites apetesca, pues ya sabeis que con estas armas lo hemos postrado, y es hasta el dia nuestro esclavo. Jesucristo por el contrario, revestido de mansedumbre y dulzura, hijos míos esclamaba, condolido de vuestra suerte he descendido á la tierra: mi poder crió esa alma, y no quiero que otro sea dueño de ella. Pelearé hasta morir, y daré por bien empleados mis trabajos si con ellos logro romper las cadenas de vuestra esclavitud que habeis arrastrado por cuatro mil años. Habeis desertado varias veces de mis banderas; pero no os acobardeis, pues si soy vuestro Capitan, tambien soy vuestro Padre. Unios á mí, pelead por vuestra causa valerosos, despreciad las ofertas de vuestros enemigos, que yo resistiré lo mas fuerte del ataque, y que vuestra sangre, por poneros en posesion del reino que os quitó la culpa; y me he vestido de vuestra naturaleza para enseñaros con mi vida y ejemplo el camino del cielo. Al oír tan amorosas exhortaciones solté las riendas al llanto arrojándome do las solemnes promesas, echas desde el bautismo, y quebrantadas en innumerables ocasiones en el disurso de mi vida. ¡Qué despojos al-